

SUEÑOS DE UNA PÁGINA ESCRITA*

DREAMS OF ONE PAGE WRITTEN

VÍCTOR LÓPEZ RACHE
lopezrache@yahoo.com

RECIBIDO (15.02.2017) – APROBADO (03.03.2017)
DOI 10.17533/UDEA.ELC.N41A11

Distintas variables del conocimiento y de la estética habitan los libros de Pablo Montoya. Una ciudad quizá sea el punto de partida: Medellín, París, Tunja o Barrancabermeja. Las páginas de sus libros reflejan experiencias de vida, culturas, lenguas y aspiraciones. El mundo literario de Montoya abarca novela, cuento, poesía, ensayo; además, entrevistas, conferencias, cartas.

En *Un Robinson cercano: diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX* (2013), el autor interpreta, critica, cuestiona, enriquece distintas manifestaciones de este siglo y, no pocas veces, nos remite a la literatura y la historia de todos los lugares y tiempos. Sobre la poderosa literatura francesa, ningún colombiano ha escrito un libro de este nivel. Pocos temas quedan por fuera. Empieza con un prólogo tipo Borges y, párrafo tras párrafo, se adentra en la geografía, en la religión, en la política, en la sexualidad, teniendo siempre la literatura como eje central. Se refiere a las relaciones de poder. “La lucidez que consiste en poder controlar todo en la vida salvo lo más esencial que es la muerte”, dice en el ensayo “El combate de Marguerite Yourcenar”.

En los ensayos deja oír un tono, expresa una poética y, por su puesto, propone una ética y deja entrever cómo se teje una historia. El lector encuentra, sin claves ni artificios, al escritor, al crítico, al profesor, al poeta, al músico. Por eso el hombre de letras que no escribe ensayo, a un lector curioso, le resulta un autor incompleto.

Se llega a construir una obra amplia y profunda escribiendo y leyendo con fe, pasión, disciplina. Y con atrevimiento y creatividad se puede tomar una obra pictórica como motivo inicial para narrar el exterminio de los nativos de un continente a manos del fanatismo religioso de los colonizadores. Para *Tríptico de la infamia* se ventura a novelar la vida de tres pintores protestantes

* Cómo citar esta conferencia: López Rache, V. (2017). Sueños de una página escrita. *Estudios de Literatura Colombiana* 41, pp. 173-179. DOI: 10.17533/udea.elc.n41a11

del siglo XVI. A su trabajo investigativo y literario se le debe agregar una línea de suerte. Esta es la única novela colombiana que ha logrado tres premios consecutivos de renombre internacional. En Colombia, apenas quedó finalista en uno de los poquísimos premios que existen, y que cada vez se tornan más alérgicos a la honestidad y a lo decorosamente literario.

Muchos se preguntarán, ¿otra novela histórica?

La respuesta será un sí rotundo, pues muchas de las tragedias latinoamericanas se deben al desconocimiento de la historia. Y a un intelectual le es más grave evadir la historia que la realidad. Pablo Montoya es un intelectual en el sentido pleno de la palabra. Son necesarios escritores que aborden la historia con imaginación y sensibilidad. No expertos en efectuarle variaciones graciosas a hechos y mentiras contadas por los notarios oficiales del poder llamados historiadores. No pocos escribanos —como los llaman los entendidos— con audaces artificios embellecen la crueldad de personajes de la historia reciente y pasada. Estos escribanos tratan de inmortalizar a Pablo Escobar y han declarado heroínas a sicarias cobardes. Han exaltado a decenas de guerreros y próceres de la Guerra de los Mil Días, de la Colonia y la Conquista, y cuando no endiosan a Bolívar, denigran su vida, sus actos y sus mujeres.

Pablo Montoya es un ejemplo contrario. Antes de *Tríptico de la infamia* se sabía de las atrocidades o de las virtudes de la religión católica. Pero él describe las diarias miserias de la Conquista, los enfrentamientos entre creencias con distinta palabrería de la misma tendencia. Católicos y protestantes practicaron el exterminio para legitimarse como los civilizadores de un continente. Todavía nos indigna la sevicia de esos caníbales del espíritu, del alma y de la existencia de los pueblos originarios. Y la presencia de estos protestantes en América a fines del siglo XVI, ahora lo sabemos gracias a los detalles que Montoya recrea a partir de una obra pictórica olvidada. A las distintas ramas de católicos y protestantes las unifica una ley perversa: “La enfermedad es el estado natural del cristianismo”; Pablo Montoya cita a Pascal en el ensayo, “Pierre Michon: entre la opacidad y el brillo”. Los promotores de la expansión de tamaña ley se empeñan en oprimir la inteligencia, las libertades y, por supuesto, la sexualidad. La última enfermedad se llama sida, y la inventó la ciencia, la aprovechó el comercio y la legitimó la religión. Después de la hoguera y de la persecución a las mentes brillantes, la religión se ha dedicado a intervenir en política. En el mundo la más abusiva cruzada política la ejerció Juan Pablo II. Y en Colombia cristianos y católicos activaron

todos sus tentáculos y se pronunciaron en favor de la guerra y en contra de la Paz. La premiada novela de Montoya trasciende la literatura y la historia. Afirma Selnich Vivas:

Es una lección absolutamente simple que nos lega la plástica, Le Moyne y su amigo, el pintor indígena Kututuka, harían tambalear la ciencia de hoy. Cualquier estudio social serio se negaría a participar del cuerpo del otro, a permitir que el otro nos habite, antes de declararlo enemigo de la religión, del progreso o de la razón. Kututuka y Le Moyne son los verdaderos promotores de una revolución científica. Entre ellos “se pintan mutuamente” (Vivas, 2015).

La escritura montoyana no descuida los saberes. Los poemas revelan creatividad y rompen con la tradición del verso encantador al oído común. Los ensayos son profundos y de fácil lectura. Las conferencias y opiniones son agudas y certeras. Su diaria actividad intelectual desintegra e integra el ser humano. Eso se puede lograr con paciencia y sapiencia, viajes y destierros. Su primer exilio lo debió pasar en el único lugar de vocación divina para sufrir el destierro: Tunja.

En otras latitudes, las familias se sienten exiliadas en campamentos desérticos, mares embravecidos, peligrosos abismos de nieve o guetos en los suburbios de las grandes ciudades. Otros simplemente reducen la patria a una fantasía dolorosa construida por héroes gracias a la valentía de los vencidos, y ahí se sienten ciudadanos libres, cuando son eslabones de una cadena de rehenes. En Tunja los mismos tunjanos padecen un exilio perpetuo. Es la naturaleza de la ciudad construida en una ladera desértica, fría y, por qué no decirlo, fea y mal gobernada. La adaptación a este exilio, de origen divino, le ha permitido a Tunja ser una de las pocas ciudades del mundo que, en el mismo lugar, lleva más de dos mil años siendo el centro vivo de una comunidad. En Tunja hubo lugares sagrados y subsiste un monumento fantástico a la fertilidad. Su historia conocida y desconocida supera la monótona costumbre propia de sectas de hábitos inmutables. Ha asimilado la evolución que, a través del tiempo, forman una tradición dinámica y rica en cambios imperceptibles. El más brusco debió suceder en 1539, cuando comenzó a hablar castellano y a prolongarse en el futuro padeciendo enfermedades europeas y las manías de los soberbios colonizadores; cuando comenzó a llenarse de traumas religiosos contrarios a las creencias de los muiscas. Al llegar a Tunja, lo primero que vieron los españoles fue un hombre en la horca. En Tunja, incluso han logrado amarrar al diablo en la catedral para soltarle la cadena un poquito cada Viernes Santo. En Tunja hubo un túnel que llegaba hasta Turquía, por donde

se llevaban a las mujeres pecosas, de pelo negro enloquecedor, de ojos luz azabache y de vocación incontrolable en los asuntos de la placidez. En Tunja fueron capaces de arruinar la casa de Inés de Hinojosa. Y de ponerle Pozo de Donato a un prodigioso ojo de agua en cuya hondura los nativos arrojaron el oro y sus riquezas para que los españoles no se las robaran. Allí también debieron ocultar su espíritu, sus dioses y sus misterios, ¡y lo llamaban Pozo de Hunzahúa! A 14 kilómetros de Tunja se selló la Independencia de América y, a fines del siglo xx, los estudiantes se tomaron las iglesias para denunciar los atropellos de los gobiernos que violan los derechos de los ciudadanos.

A finales de 1983 Pablo Montoya cumplía veinte años y, con el pretexto de estudiar música, llega a esta ciudad y comienza a crear una obra literaria. Gracias a sus conocimientos era invitado a explicar pasajes y tensiones de los personajes de novelas y cuentos con ciertas complejidades. Explicaba las disquisiciones musicales de Adrian Leverkühn, protagonista del *Doktor Faustus* de Thomas Mann. De ese nivel eran sus lecturas de juventud, y las de la niñez y la infancia habían sido las de los clásicos en versiones infantiles. Por eso los círculos culturales de Tunja lo escuchaban con atención. No ha desperdiciado este cúmulo de conocimientos, y ello le ha permitido llegar a una escritura madura y sugerente a los cincuenta años. No es fortuito que lo consideren el escritor colombiano con mayor proyección de los publicados en las últimas décadas.

Tunja, también, es experta en acabar las esperanzas de quien ha padecido su naturaleza divina mal gobernada y fea. Y de rayos quemantes en verano y de ventiscas inmisericordes en invierno. Nadie puede olvidarse de los rigores de la tradición de una ciudad auténticamente milenaria. Quien pisa la ladera tunjana y se envuelve en su persistente frío, si desea sobrevivir, al menos en París, debe escapar con la sutileza de un prisionero que visualiza su única oportunidad. En entrevista concedida a Santiago de Narváez, Montoya anuncia su próxima novela, y así se refiere a su experiencia en la ciudad donde nació su primera hija:

Todos nos creíamos genios, ¡y ninguno era nada! Éramos muchachos aplastados por la hijeputa violencia. Queriendo aprender en medio de ese país fallido y cruel. La novela es eso: muestra cómo un joven que va de Medellín a estudiar música a Tunja encuentra su vocación como escritor [...], entonces yo peleaba mucho con Tunja, sentía que Tunja era una condena (Narváez, 2016).

A mediados de los noventa, Tunja ya le ha dado lo que puede reclamar una mente inquieta, y entonces Pablo se dirige a Francia. Le faltaba recorrer

mundo para describirnos nuevas caras del hombre universal. Después de décadas fuera de Colombia, en *Un Robinson cercano* nos señala algunas virtudes del silencio y el uso criminal de la música. “Allí donde se quiera tener esclavos, es necesario la mayor música posible”, cita a Tolstoi en su ensayo “Las Músicas de Pascal Quignard”. Un talento jamás será un verdadero músico, así interprete a la perfección, si lo hace en el palacio de los reyes. En todas partes el arte va en contravía del poder; pero en todos los tiempos hay artistas que se someten al poder, así en sus obras exalten a los vencidos. Lo mismo se puede afirmar de las distintas ramas de la literatura y el conocimiento. Con música de Beethoven y de Schumann conducían a los judíos a los campos de concentración. Los discursos sonoros y las odas infantiles, también, han sido usadas para el exterminio. La alergia a semejante exabrupto, lleva a ciertos ofendidos a proponer absurdos deprimentes, como cada aniversario golpear las efigies de los creadores que animaban a los vencedores a reducir a un puñado de agonía a los vencidos.

Pablo Montoya no ignora su tiempo y duda de la imparcialidad de los intelectuales. Las neutralidades son sospechosas, y ahora hay neutralidades que favorecen la sed de acumulación de los poquísimos beneficiados con la expansión siniestra del neoliberalismo. Los imparciales se asemejan a los audaces que se autodenominan anarquistas con el fin único de disfrutar —distorsionando a los anarquistas de ayer— las migas que sueltan los usurpadores de las distintas ideologías convertidas en grandes poderes. Estas reflexiones y otras de visión política y económica, el lector las puede suponer mientras va profundizando en la vida y la obra de los escritores importantes de lengua francesa del siglo xx. En épocas sometidas a dominios injustos, la neutralidad es un crimen. Los ricos declaran la guerra una vez tienen domesticadas la sensibilidad y la imaginación de los pobres para entregarlos a la hecatombe. En el ensayo “Celine o el sarcasmo de la guerra” cita a Víctor Hugo: “La bondad de una guerra se juzga por la cantidad de mal que hace”.

Los resultados lo dicen. Pablo Montoya sale de Colombia a reconocer y reconocerse. No va a ver circular imágenes en aeropuertos, calles, vitrinas, autos y trenes. No va a seguir en suspenso el vaivén de las multitudes, cuya rica mezcla de nacionalidades y lenguas les impide comunicarse. Él ya sabe que, tras el silencio involuntario, la mente va buscando la palabra y las condiciones para una futura obra; pues cuando la boca calla, el alma puede expresarse en una página. Hace un largo viaje con el fin de descifrar al otro, no de admirarlo. Va a recrear, a entender, no a sorprenderse como les

ocurre a los intelectuales adictos a las frivolidades del turismo cultural, de los festivales, de los autógrafos y las fotografías. Leyendo con atención, su experiencia en Francia fue contraria a la de Michaux en Ecuador. Michaux se hastiaba viendo la incultura de un árbol en la selva amazónica; Pablo, tal vez, en Europa no se empequeñeció escuchando la idiotez de una estatua genial. Michaux no supo verse en los misterios de la selva; Pablo careció de impotencia para rendirse a las distorsiones del espejismo tradicional de la ciudad luz. Tampoco permanece prisionero en la frontera que une a los resentidos y a los opresores; a los productores del conocimiento y a sus pasivos e insaciables consumidores. No se quedó inmóvil a mirar, a recibir, a herir, a herirse. Pablo profundiza en la integridad del hombre y se mueve. Su extensa producción intelectual demuestra que se atrevió a crear. No salió del país a añadirle deslumbramiento a su existencia ni a la arcaica alucinación de me voy a la metrópoli para descubrir el alma de mi aldea. En eso no se gastó sus viajes, su tranquilidad, sus mejores años. No fue a Europa a sufrir y deslumbrarse, y por eso regresó a Medellín.

Con inteligencia, talento y disciplina, está demostrando que la literatura guarda posibilidades inversas a la del narcopornoterror, variación desmejorada del barato realismo sucio impuesto con las interpretaciones patéticas de los críticos y academicistas al servicio de los ignorantes editores de los monopolios transnacionales de la publicación. Incluso nos brinda una posibilidad vital muy distinta a la mil veces repetida en la llamada literatura histórica. En su novela *Lejos de Roma* recrea la vida del poeta Ovidio, y los lectores nos sentimos vivos en las peripecias que afronta. En *Tríptico de la infamia* va más allá de la conversión, habitual, de libros de historia y biográficos en novela, y nos pone como espejo la cara olvidada del siglo XVI. Lo mismo sucede con *La sed del ojo*. En ello nos recuerda a Tolstoi. Al ruso le bastaba describir con pocas palabras el recodo de un camino, el gesto de la mano de una dama, el brillo del botón de un militar, la forma de coger un arma, para remitir al lector a un momento histórico específico. En sus cátedras de la Universidad de Antioquia Tolstoi era uno de sus autores de culto.

En el 2002 regresó a Colombia. Su obra de madurez la ha escrito en Medellín y sus alrededores. Allí es fácil encontrar al hombre más peligroso del mundo, la mejor Facultad de Medicina, la santa de los hipócritas y exterminadores de indígenas, el más prestigioso festival de poesía. Montoya menciona en “Jaime Alberto Vélez: una amistad interrumpida” que

[...] en medio de un horizonte literario —continúa Montoya—, como el dado en Antioquia en estos últimos años, tan afecto a la diatriba racista y misógina, o a la sicaresca que oscila entre una mantis miliciana muy renombrada y un montón de asesinos adolescentes, o al insípido anecdótico de un cierto realismo de barrio comunal, o a la ramplonería sentimental de los costumbrismos regionales (Montoya, 2012).

En medio de tan raras hazañas y certezas, Pablo Montoya debía sentirse desolado y solo; pero no se puso a lamentar el éxito instantáneo tan caro, como buscado, por los antioqueños imitadores de los inescrupulosos e influyentes. No los festeja ni se lamenta, sino que reacciona y comienza a escribir con anhelos de expresar lo esencialmente literario. Su novela más afortunada ha sido *Tríptico de la infamia*. Otros dicen que su mejor novela es *Los derrotados*. Otros que *Lejos de Roma*. Otros consideran a *Un Robinson cercano* su mejor libro. Pero allí en la cuna de la “sicaresca”, Pablo Montoya está escribiendo la obra sin precedentes que insinuaba en Tunja hace treinta años.

Bogotá, febrero de 2017

Referencias bibliográficas

1. Montoya, P. (2012). Jaime Alberto Vélez: una amistad interrumpida. Disponible en <http://www.pablomontoya.net/jaime-alberto-velez-una-amistad-interrumpida/> [3.03.2017].
2. Montoya, P. (2013). *Un Robinson cercano. Diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
3. Narváz, S. de. (2016). Yo no soy feliz cuando escribo: una entrevista con Pablo Montoya. Disponible en https://www.vice.com/es_co/article/yo-no-soy-feliz-cuando-escribo-pablo-montoya [3.03.2017].
4. Vivas, S. (2015). ¿Por qué ganó *Tríptico de la Infamia*? Disponible en http://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/udea-noticias/udea-noticia/!ut/p/z0/fY6xDoJAEER_xYbysqfiqSWxMDEWFsbANWYDiKuwe8Bh_HwPLYyNzWRn8nYyYCEfy_igCj0JYx18Zs15td7Mpkms99rERifmEC-Ws-38eNKwA_sfCA10a1ubgM2Fffn0kDrpPNZDUWKksf91V2nKzz3qhMVTThH-v3NVMhIfWNxxGFrpEONaodSVciifEcuEKKIL9gQgrvb7AWa13fl/ [3.03.2017].